



Los nuevos valores

Desde hace ya un buen tiempo venimos escuchando a diversas personalidades que, para expresar su preocupación por nuestros diversos problemas sociales, hablan de la necesidad de poner en práctica una EDUCACIÓN EN VALORES.



Esto nos daría a entender que la educación que actualmente se viene desarrollando en nuestros centros educativos, es una EDUCACIÓN SIN VALORES, lo cual es totalmente un contrasentido, pues bien sabemos que toda educación conlleva una carga valorativa, proveniente del universo axiológico de quienes la organizan; pues, por definición educar es formar la personalidad de las nuevas generaciones, lo cual, por cierto, implica orientarlas hacia determinados valores.



Por esta razón es que se hace necesario hacer precisiones respecto a este tema, que lo consideramos de suma importancia para los intereses más trascendentes de nuestra región, pues la actual educación está impregnada de valores, como no puede ser de otra manera, solo que éstos ya no son los que requerimos para tales propósitos.

No olvidemos que la función de los valores es orientar, regular desde la interioridad misma de cada persona, una vez instalados, su actuación dentro de su entorno sociocultural. Es por los valores que poseemos que aceptamos o rechazamos un objeto o acción; es por nuestros valores que

hacemos o dejamos de hacer algo en nuestra vida. En fin, es por nuestros valores que percibimos una acción u objeto o persona como buena o como mala. Es por ellos que podemos juzgar los hechos o las cosas que nos rodean. Es por los valores que podemos ponernos al servicio de ciertas causas que consideramos valiosas, precisamente. Sin valores seríamos como cualquier animal, impulsados por nuestros instintos o atavíos.

El problema que venimos afrontando actualmente en la educación que se desarrolla en nuestros centros educativos no es por falta de valores sino porque los valores que en ella se inducen no nos permiten actuar a favor de los intereses colectivos, de los intereses de los pueblos que viven en nuestra región, de la defensa de nuestro ambiente, etc. Es decir, no vemos malo el contaminar nuestros ríos, no nos importa (lo que es una forma de estar de acuerdo con) la deforestación, la



caza indiscriminada, la sobreexplotación de algunas especies, la destrucción de los nidos de los pajaritos, el corte caprichoso de las flores o plantas. No nos importa el bienestar de los demás. Nos parece algo natural que las personas indígenas sean discriminadas o que las culturas de los pueblos originarios de nuestra región sean destruidas, etc. Aceptamos como algo bueno asumir comportamientos creados por otros pueblos o dar mayor importancia a productos culturales provenientes de afuera en desmedro de los nuestros.



Es allí, en donde expresamos los valores que tanto la educación formal como otros agentes han instalado en nosotros, tanto explícita como implícitamente. Cuando un profesor o profesora ambienta su aula con mensajes culturales provenientes de otras culturas, está induciendo valores en sus alumnos. Que se dé cuenta de ello o que no se dé cuenta, igual es el efecto. Cuando en una comunidad se educa a sus niños utilizando el idioma castellano y no el propio, se le está induciendo el valor del desprecio a su idioma y el aprecio por el idioma ajeno. Se le está “diciendo” que su idioma tiene menor valor que el otro idioma; es decir, que no tiene mayor importancia respecto al otro idioma.

Allí están presentes los valores que van a regir la actuación de esos niños dentro de sus respectivas comunidades, pues ellos los van

haciendo suyos. Serán parte de sus contenidos psicológicos con los que afrontarán las situaciones de su vida.

Y es que la complejidad de situaciones frente a las que nos pone la vida cotidiana, siempre está exigiéndonos respuestas valorativas. No bastan los conocimientos, pues muy bien puedo saber que el color rojo del semáforo significa que debo detener mi vehículo, pero para detenerme realmente frente a dicha luz necesito aceptar dicha acción de detenerme como valiosa por los beneficios individuales y sociales que acarrea. Otro ejemplo sencillo: muy bien puedo saber (nivel cognoscitivo) que no debo botar en la calle las pepas (semillas) de aguaje, pero las arrojo luego de comer el aguaje, pues no he asumido como un valor dicha acción (nivel valorativo o axiológico). O lo que vemos en la actuación de los fumadores: ellos saben que les es dañino para su salud dicho vicio, sin embargo, actitudinalmente no pueden rechazarlo, por la dependencia de la que son víctimas.

Por ello, es que decimos que no hay educación con neutralidad axiológica, pues todo sistema educativo induce valores en las personas, sea por acción, sea por omisión. Cuando nos educamos, no bastan los conocimientos que vamos aprendiendo; pues tanto o más importantes son los valores y actitudes que vamos haciendo nuestros.

Para nuestra actuación social no bastan los conocimientos. Son indispensables los valores. Podemos hacer o dejar de hacer algo no solo en función de que sepamos o no hacerlo, sino en función al valor que le demos. Si una persona sabe hacer algo, pero lo valora como negativo, no lo hará. Los delitos sociales no son cometidos solo por personas carentes de determinados conocimientos, sino por personas con valores negativos. Las recientes experiencias vividas en nuestro país en que la coima, el soborno, el asesinato, el chantaje, el desfalco, etc. no han sido causadas por personas ignorantes o con deficientes conocimientos, sino por personas con un universo axiológico torcido, desquiciado, pleno de desvalores (valores negativos), aunque su universo de conocimientos haya sido inmenso.



Entonces, no es que la nuestra sea una educación sin valores, sino que dichos valores ya no sirven para construir una nueva sociedad cualitativamente diferente; razón por la cual debemos inducir en las nuevas generaciones diferentes valores.